

LA

José A. Lazcano

IGLESIA

PERO LOS TIEMPOS CAMBIAN. QUIEN SE HA PARADO EN EL TIEMPO QUIERE QUE EL TIEMPO SE PARE CON EL.

NECESARIA

- La nueva cultura urbana y la subcultura juvenil encuentran hoy a la Iglesia cada vez menos relevante.
- La peor esclavitud de la Iglesia no es la que se le impone desde regímenes represivos. Es la de encontrarse caída en su propia trampa.
- La Iglesia, más que portadora de una doctrina, debe ser testigo de una vivencia.
- El problema fundamental es el de ser fieles a la experiencia evangélica y encontrar las expresiones actuales de esa fidelidad.

Los árboles impiden ver el bosque.

Podríamos especificar al hombre por su fabulosa capacidad de urdir contra sí mismo complicadísimas trampas y, a la vez, de liberarse de ellas, creando nuevas trampas y liberándose de nuevo, en un proceso dialéctico sin fin. Sistemas de pensamiento, estructuras de organización, modos de relacionarse, sistemas de valores, modelos de comportamiento, son mundos complejos que el hombre crea y de los cuales se zafa más tarde para no esclavizarse a su propia creación. El hombre no es ninguna de sus expresiones histórico-culturales. La comprensión dinámica de lo que el hombre *va siendo* tiene que relativizar todas las expresiones y sus institucionalizaciones histórico-culturales.

Hoy podemos situarnos en una perspectiva privilegiada para acercarnos a la comprensión del hombre. No sólo por la ayuda instrumental de las ciencias humanas. Hoy podemos tener más fácilmente, y de hecho tenemos, experiencias de alternación cultural: viajes, medios de comunicación social, libros escritos desde culturas muy diversas, contactos con subculturas juveniles, obreras, marginales... Estas experiencias de alternación cultural, buscadas por la pasión intelectual o impuestas por la vida, nos han hecho perder las seguridades de los esencialismos y dogmatismos anteriores y acercarnos al hombre en su real grandeza y miseria.

Esta experiencia de alternación cultural es especialmente saludable para la purificación de la fe y para la comprensión de la Iglesia.

La diversidad cultural, tanto en su dimensión histórico-vertical como en su dimensión espacio-horizontal, está en la base de la diversidad teológica histórica y actual. Sólo la pequeñez pueblerina de quien no ve más allá del abasto de la esquina puede escandalizarse de esta diversidad y reducir a su forma concreta, y enormemente condicionada, de ser cristiano toda la potencialidad metacultural del mensaje de Cristo.

El éxito y el fracaso de la Iglesia venezolana

En esta perspectiva queremos aportar una modesta reflexión desde dentro de la Iglesia. Es pretencioso de nuestra parte modelar una "Venezuela necesaria" y una "Iglesia necesaria". Permítasenos este atrevimiento que nace de nuestro compromiso por Venezuela y por la Iglesia.

Dentro del contexto de "Cristiandad latinoamericana", la Iglesia en Venezuela, por factores que no pretendemos analizar, ha sido notablemente débil hasta mediados de este siglo. El esfuerzo de hombres e instituciones eclesiales, a los que la historia venezolana deberá rendir su reconocimiento, han dado a la Iglesia un vigor interno y una relevancia social que nunca antes había tenido. Si la carta pastoral de Mons. Arias (1/5/58) puede ser considerada como hito significativo del nuevo peso social de la Iglesia, sus cimientos están afincados en los esfuerzos de las décadas anteriores en las parroquias, en los colegios de religiosos y en las organizaciones de seglares cristianos.

La presencia en la vida nacional de un partido social cristiano como uno de los partidos mayoritarios, el inmenso esfuerzo de la Iglesia en la educación, en la promoción social y en la beneficencia, el florecimiento, sobre todo en los años 60, de movimientos apostólicos como los Cursillos de Cristiandad, el Movimiento Familiar Cristiano, el MUC, los Cursillos de Capacitación Social, los Cursillos de Vida, los Jóvenes de Acción, etc., nos han hecho entrar en los años 70 con la sensación de que "nunca la Iglesia en Venezuela ha estado tan bien".

Hoy los movimientos apostólicos, o se han encerrado en grupitos burgueses que desde el punto de vista funcional se dis-

tinguen poco de los grupos de té-canasta o de clubs de amigos, o se han constituido en grupos conflictivos, cuestionadores del orden establecido y de la institución eclesial cómodamente instalada en él. Las instituciones de promoción social y de beneficencia no quieren aceptar una función de parches sociales en una sociedad radicalmente injusta. La educación católica está cuestionada por los mismos educadores como privilegiadora de privilegiados y que, aun en los casos, más frecuentes de lo que normalmente se cree, de educación popular y gratuita, prepara más para dar la espalda a la comunidad de la que proceden que a promoverla. Y en cuanto al partido social cristiano, es evidente que no se nutre ya, por lo menos como antes, de entusiasmos apostólicos de jóvenes cristianos que veían en la política social cristiana su "sacerdocio del Bien Común".

Por otra parte, la nueva cultura urbana y la subcultura juvenil, que llegan hasta las poblaciones más marginales del interior, encuentran cada vez menos relevante una Iglesia con una estructura organizativa sobrepasada, con un liderazgo formal poco acorde a su sensibilidad de libre y voluntaria pertenencia y participación, con un lenguaje rural y paternalista, con una autocomprensión y autolegitimación teológica escolástica, con una ética objetivada sobre supuestos esencialistas y muy poco vivenciales y con una praxis cultural y sacramental que se presta a ser percibida más mágicamente que eclesial y éticamente.

¿Iglesia en crisis? .

Sí, es obvio que la Iglesia está en crisis. Pero ésta es una afirmación muy ambigua.

Hay que empezar por la distinción básica de la Iglesia en su sentido teológico y la Iglesia en su sentido sociológico. La Iglesia en su sentido teológico se expresa en concretas realizaciones sociológicas. Pero ninguna de sus expresiones sociológicas se identifica con su ser teológico. Es posible que en una robusta salud sociológica se dé una preocupante anemia teológica. Y a la inversa. Hasta hay quien parece afirmar una correlación inversa entre la salud sociológica y la salud teológica.

Lo que sí es evidente es la crisis de la Iglesia sociológica. No puede ser de otra forma cuando la provisionalidad y el cambio son las notas constantes de todos los sistemas mentales y sociales. Pero es una magnífica ocasión para purificar nuestra fe y profundizar nuestro sentido de Iglesia.

El cristianismo es una religión histórica. No nace de la esencia de las cosas ni, como tratan de explicarlo los funcionalistas, de las necesidades psicológicas o sociológicas. Nace de una libre y gratuita intervención de Dios que interpela al hombre en la historia y pide una respuesta. La encarnación es intervención redentora de Dios y respuesta modélica del hombre. Cristo no vino ni a enseñar ni a imponer formas determinadas de ser religioso. Su experiencia humana modélica trasciende sus mismas expresiones delimitadas por su encarnación histórica. Las expresiones históricas determinadas de la Iglesia encarnada y sus institucionalizaciones concretas no son la iglesia, por muy respetables que sean y por mucha validez, siempre relativa que tengan o hayan tenido en su carácter instrumental (sacramental) para descubrir la esencial experiencia religiosa de la que han brotado.

Hoy lo que se cuestiona en la Iglesia es su complejo mundo de institucionalizaciones cosificadas que, en vez de revelar la experiencia religiosa de la que han brotado, la tapan.

La Iglesia necesaria

A la Iglesia se le impone hoy, en su fidelidad transcultural a Cristo, más que un reforzamiento cuantitativo de sus "estrategias" tradicionales, una reorientación cualitativa.

El problema fundamental no es el de aumentar, extensiva o intensivamente, la socialización religiosa de los hombres o el

de conseguir vocaciones sacerdotales y religiosas como principales agentes socializadores de la Iglesia. EL PROBLEMA FUNDAMENTAL ES EL DE SER FIELES A LA EXPERIENCIA EVANGÉLICA Y ENCONTRARLAS EXPRESIONES ACTUALES DE ESA FIDELIDAD. Dicho de otra forma, ser fieles a la experiencia evangélica y al momento histórico en el que nos toca ser Iglesia. Las fidelidades a las expresiones e institucionalizaciones de la experiencia religiosa anterior pueden ser, no sólo ineficaces hoy, sino, también, infidelidades a la misma experiencia evangélica.

Si creemos, con la Iglesia, en la validez del mensaje evangélico para el hombre de hoy, no es honesto acusar a ese mismo hombre de sordera. Simplemente no hemos acertado a transmitirle ese mensaje. ¿O la sal se ha vuelto insípida? .

Si nos perciben aferrados a nuestro poder sociológico, si nos perciben cómodamente instalados en esta sociedad radicalmente incómoda, si nos perciben más preocupados por las seguridades personales e institucionales que por la verdad y la justicia, si nos perciben más fieles a barrocas institucionalizaciones que a la simplicidad de los primeros cristianos, ¿podemos honestamente acusar de ceguera y sordera a "esta generación perversa"? Si hablamos un lenguaje de iniciados que no tiene resonancia en las preocupaciones muy concretas del hombre de hoy, ¿podemos atrevernos a decir "el que tenga oídos para oír, que oiga"?

No es un quehacer cosmético ni de agencia publicitaria para "mejorar la imagen" lo que le está planteado a la Iglesia. La primera ley de la elegancia está resumida en el saber popular de que "no hay como serlo para estarlo".

Con la humildad suficiente para aceptar que se nos acuse de excesivamente osados, queremos señalar rumbos para la "Iglesia necesaria" en su reorientación cualitativa.

1o. Autenticidad de la experiencia religiosa

No era necesario decirlo. Ha sido condición básica en todos los tiempos. Pero hoy nos sentimos más estimulados y urgidos de ella.

Hoy el hombre determina su conducta menos por los hábitos sociales o por filosofías racionales o por ideologías, que por las vivencias personales significativas. La fe, más que en la línea de una doctrina aprendida, está en la línea de un compromiso existencial. La fe no es ni filosofía ni culto ni ética, aunque incida sobre ellos. La fe es, como define Wach la experiencia religiosa "la respuesta total del ser total a Dios".

La autenticidad de la experiencia religiosa nos exige la humilde apertura a la conversión, sobre todo a aquellos que tenemos el peligro "profesional" de seguir la inercia del rol social y eclesial que nació de nuestro compromiso anterior. Y nos exige fundamentar la socialización religiosa de los que se nos confían, no en la imposición de nuestros esquemas mentales, sino en abrirlos a la posibilidad de una verdadera experiencia religiosa que siempre será don de Dios y libre aceptación del hombre. La Iglesia, más que portadora de una doctrina, debe ser testigo de una vivencia.

2o. Liberar a la fe y a la Iglesia

La peor esclavitud de la Iglesia no es la que se le impone desde regímenes represivos. Es la de encontrarse caída en su propia trampa.

La fe personal y la de la comunidad eclesial tienen formas de expresión muy variadas y condicionadas por psicologías individuales y por contextos socio-culturales. Esas expresiones se institucionalizan.

Confundir la fe y la comunidad eclesial con sus expresiones e institucionalizaciones es una trampa peligrosa en la que se cae con frecuencia tanto individual como socialmente. En este sentido, la Iglesia, como dice Brugnoli, puede ser "la tumba de Dios".

Toda sana "teología de la liberación" deberá comenzar por liberar a la fe y a la Iglesia. Y a la misma teología.

3o. Recuperar el carisma

Creemos que es consecuencia de los dos puntos anteriores. Una auténtica experiencia religiosa, liberada de los montajes institucionales histórico-culturales, será individual y socialmente carismatizadora.

El hecho de que hoy, sobre todo entre los jóvenes, ideologías y modelos de compromiso radical al margen de la fe aparezcan más carismatizadores que el compromiso de la fe, debe ser preocupante para la Iglesia. No en el sentido de que le hayan aparecido competidores, de lo cual debe alegrarse, sino en el sentido de que debe preguntarse si la sal se ha vuelto insípida.

Evidentemente, no estamos propugnando "acabar con las institucionalizaciones" anteriores de la fe. Ellas han servido para conservar el "depositum fidei". Pero debemos distinguir el arca, del depósito custodiado en ella. El arca tiene su respetabilidad. Pero solo una respetabilidad de valor instrumental. El enamorado es siempre original y creador en las expresiones de su amor. Pero sabe respetar, agradecer y reinterpretar las expresiones de los enamorados anteriores.

4o. Encontrar nuevas expresiones para su carisma

La experiencia religiosa seguirá necesitando expresiones y aun nuevas institucionalizaciones, que tendrán la validez y la provisionalidad de las anteriores. Nacerán de la fidelidad al momento histórico en el que se expresen.

Continuando con nuestra osadía, señalamos, no con carácter exclusivo, sino con carácter indicativo, algunas expresiones de la "Iglesia necesaria" hoy.

a) Presencia ético-profética

Está en la más sana línea de fidelidad a la religión de Israel y de Cristo y a la sensibilidad de lo mejor de nuestra juventud. Esto explica que nuestros jóvenes sientan más cercano el lenguaje del Evangelio que el mismo lenguaje recién estrenado de los documentos conciliares.

Los jóvenes denuncian los incuestionables logros de la sociedad capitalista y de la socialista, y vibran de entusiasmo con los valores de Helder Cámara, de Martin Luther King o de Ghandi.

La fe ético-profética no será una denuncia desde una torre de cristal, sino compromiso de realizaciones concretas sin instalarse en el éxito de su revolución. Desde la transcendencia de su fe, será rebelde más allá de la revolución.

b) Participación comunitaria

Las estructuras formales de organización y la pertenencia sumisa tienen cada vez menos sentido. El hombre de hoy necesita más de comunidad. No es una necesidad que nace de una mayor debilidad psicológica, sino de su mayor socialización.

El cristiano de hoy ha redescubierto las comunidades primarias de los primeros cristianos. Y las pertenencias jurídicas parroquiales o diocesanas le dicen poco.

No se trata de crear un nuevo ordenamiento jurídico que organice estas comunidades para garantizar un nuevo control. Ni siquiera de tolerarlas. Sino de estimularlas y darles la bienvenida.

Evidentemente, el instinto sociológico de conservación de la Iglesia ve serias amenazas en estas comunidades. Pero no es el peso sociológico de la organización, y menos su ordenamiento jurídico, el que va a dar unidad a la Iglesia, sino el Espíritu de Cristo, hoy también, presente en Ella. ¿Habrà que decirle al hombre-institución "¡hombre de poca fé! "?

c) Responsabilización personal

¿Qué cómodo es ser niño y dejar a papá toda responsabilidad! ¿Y que cómodo es ser el papá que tapa la boca al hijo adolescente con su autoridad!

Y tan incómodo es asumir la responsabilidad de ser cristiano adulto como el asumir en la Iglesia el liderazgo formal reconociendo que la verdad de la Iglesia no se posee desde arriba sino que siempre la va descubriendo toda la comunidad.

No basta predicar que los laicos deben asumir la responsabilidad de ser cristianos. Las estructuras formales actuales y los hábitos de autoridad en la Iglesia son muy poco propicios para fomentar esa responsabilización personal y de grupos cristianos.

d) Alternativas funcionales a la vida religiosa

Es innegable la extraordinaria validez y eficacia que la vida religiosa ha manifestado para la expresión de una entrega radical y total por el Reino de Dios. También es innegable "la crisis de la vida religiosa".

No es honesto atribuir la disminución de vocaciones y las "defecciones" religiosas a una disminución de la fe o a una menor capacidad de entrega total. Muchos perciben los votos religiosos como ambiguos y, a veces, como antitestimonios sociales de lo que pretenden testimoniar, o como objetiva dificultad para la realización de esa radical libertad en la entrega a Cristo y a los hombres, que está en la base de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia.

Tiene que haber en la Iglesia la creatividad de expresiones sociales que afirmen la pobreza no como seguridad institucional bajo una estructura de permisos para usar de lo común, sino como una entrega radical al Reino de Dios, porque "lo demás se nos dará por añadidura"; que afirmen la castidad no como una esterilización del corazón sino como una potencialización para amar real y concretamente sin limitaciones; que afirmen la obediencia no como la docilidad pasiva y cómoda sino como responsabilización comunitaria de hombres comprometidos en ideales compartidos.

Hay experiencias nuevas en este sentido que a veces parten de la misma vida religiosa y otras veces desde el laicado. En vez de condenas o alertas prejuiciadas desde formas de vida religiosa anterior, deberán recibir el aliento de quien tiene fe en la acción del Espíritu de Cristo. **LO IMPORTANTE NO ES CONSERVAR LAS FORMAS DE VIDA RELIGIOSA ANTERIOR. LO IMPORTANTE ES QUE, ANTIGUAS O NUEVAS, GARANTICEN LO QUE LAS ANTIGUAS GARANTIZABAN ANTES.**

Esta reflexión podría continuar. Debe continuar a nivel de Iglesia. Solo hemos indicado algunos puntos con la mejor voluntad eclesial, poniendo en ellos la provisionalidad y relatividad que hemos puesto en las expresiones e institucionalizaciones anteriores. Solo pretendemos ser fieles a la experiencia de Cristo y al momento en el que nos está tocando ser Iglesia.